

nadie hubiera venido a esta tierra. Nadie. Extranjeros —como Humboldt, sí, Humboldt— o colombianos como Tomás Carrasquilla quien, para decirlo de paso, no se amañó mucho. Hubiera sido un auténtico aporte un volumen de viajeros de antaño y, para ser consecuentes con lo dicho en esta reseña, con viajeros más recientes como André Maurois, K. Romoli, Giovanni Papini, Christopher Isherwood o William Burroughs. Lástima.

Hay ciertas anécdotas que, además de hilarantes, se prestan para derivar comentarios o para convertirse en símbolos de alguna cosa. Al respecto, en este caso, vale mejor no ser explícito y transcribir, para terminar, un fragmento del cuento delicioso que relata don José Manuel Groot en su "Historia eclesiástica y civil", incluido en este volumen bajo el título "un paseo al salto del Tequendama":

"Era Pachito Cuervo un hombre plebeyo, pero dotado de talento particular para dar chascos, referir cuentos y divertir a la gente. Su humor siempre alegre, sus ocurrencias chistosas, su habilidad en remedar diversas voces, lo hacían necesario en todos los paseos, fiestas y diversiones[. . .] La ocurrencia más graciosa que tuvo fue esta: informado Ezpeleta del genio de este hombre, a quien los grandes acariciaban por gozar de sus chistes, mandó a llamarlo, diciéndole que deseaba conocerlo. Pachito Cuervo vino a la hora que le inspiraba confianza. Mandó luego un paje que le llevase a la recámara de la virreina para que le conociera. La señora, con su genial bondad, conversó con él sobre varias cosas relativas al país, de que deseaba informarse.

Al despedirse, la señora le dijo que le llevara a su mujer, porque deseaba conocerla. Cuervo se excusó diciendo que era una tapia de sorda, y que no quería proporcionar a su excelencia la molestia de hablarle a gritos. La virreina insistió en que se la

llevara, y Pachito Cuervo vino en ello con cierto aire de repugnancia, y se despidió con mil retóricas cortesías hasta el día siguiente en que ofreció volver con su mujer.

Luego que llegó a su casa, dijo a ésta que la virreina estaba empeñada en conocerla, y que tenía que ir al otro día a palacio, pero que la virreina era sorda y que había que hablar a gritos. Al día siguiente se fueron a la visita. El lacayo avisó a la señora virreina, quien mandó que los introdujesen en su recámara. Al entrar la mujer de Cuervo saludó a la virreina con gritos y cortesías, y la virreina de contestaba lo mismo, figurándose que la misma sordera le hacía hablar recio. La otra a su vez creyó lo mismo de la virreina, y sentadas ambas, se gritaban a cuál más, cuando oyendo Ezpeleta las voces, salió apresurado, y entrando en la recámara preguntó qué era aquello, a lo que le respondió doña María de la Paz:

—Pues la señora es sorda y hay que hablarle recio.

—Vuesencia es la sorda, que yo no soy —dijo la otra.

Y entonces todos largan la risa, y el virrey, más que nadie, conociendo el chasco y admirando la ocurrencia de Cuervo, que a todas estas se mantenía serio como un palo.

Ahora sí, pique el lector, y siga alegre la comitiva [. . .]".

JORGE PATIÑO

IX Premio Nacional de Poesía

La Universidad de Antioquia convoca al noveno premio nacional de Poesía 1988-1989 con las siguientes bases:

La obra enviada por el aspirante debe tener 150 versos, y ser totalmente inédita.

Los participantes pueden ser poetas colombianos, y pueden haber publicado o no una obra poética.

El libro se debe presentar escrito a máquina en hojas tamaño carta y tres copias firmadas con seudónimo. En un sobre sellado se deben indicar: nombre, dirección, teléfono y una breve reseña bio-bibliográfica del aspirante.

El premio es único e indivisible \$ 400.000,00. El dinero y los ejemplares entregados al autor constituyen el pago de los derechos por parte de la Universidad. Los derechos de posteriores ediciones serán del autor.

La fecha límite es el 3 de febrero de 1989, según matasello del correo, y debe enviarse a:

PREMIO NACIONAL DE POESIA
Universidad de Antioquia
Extensión Cultural
Apartado Aéreo 1226
Medellín, Colombia.

Jaime García Maffla

Nació en Cali en 1944. Sus libros son "Morir lleva un nombre corriente", "Dentro de poco llamarán a la puerta", "Guirnalda entre despojos", "Sus ofrendas olvidadas". En 1981 la Biblioteca de la Universidad Nacional le publicó sus poemas "En el solar de las gracias". También en el mismo año editó "Mi corazón de nuevo vestido", en 1982 "Presagio de un pasado por venir", "La caza" en 1984, "Inmovil travesía" que fue publicada por la Revista Golpe de Dados, y en 1987 "En otoño deberían caer todas las hojas de los libros". Especialmente para el Boletín ha cedido los poemas que aparecen en la contracubierta.